

Como citar este artículo:

Vallejo-González, S.Y. (2015). Jóvenes excombatientes: la construcción de la corporalidad en el tránsito del grupo armado a los programas de atención. *Revista Eleuthera*, 13, 105-123. DOI: 10.17151/eleu.2015.13.7.

JÓVENES EXCOMBATIENTES: LA CONSTRUCCIÓN DE LA CORPORALIDAD EN EL TRÁNSITO DEL GRUPO ARMADO A LOS PROGRAMAS DE ATENCIÓN

YOUNG EX-COMBATANTS: BUILDING CORPOREALITY IN THE TRANSIT FROM ARMED GROUPS TO CARE PROGRAMS

SANDRA YANETH VALLEJO-GONZÁLEZ*

Resumen

Objetivo. Presentar los resultados de una investigación realizada entre los años 2013-2015 con jóvenes excombatientes de Colombia. El tema de la investigación fue la construcción de la corporalidad de los jóvenes excombatientes a lo largo de sus trayectos de vida. Este artículo centra el interés en el trayecto de los jóvenes de los grupos armados a los programas de atención orientados a esta población. **Metodología.** La metodología empleada fue la construcción de narrativas orales, gráficas, corporales y escritas. **Resultados.** La corporalidad de los jóvenes excombatientes se ha construido a través de las relaciones sociales significativas establecidas como una búsqueda al reconocimiento social de sus vidas, como vidas que merecen ser vividas. **Conclusiones.** Más que conclusiones, este artículo presenta una serie de reflexiones para continuar la conversación frente a los procesos de inclusión de los jóvenes excombatientes a la vida civil.

Palabras clave: conflicto armado, corporalidad, inclusión social, jóvenes excombatientes, narrativas, programas de atención.

Abstract

Objective. To present the results of a research conducted between 2013 and 2015 with young ex-combatants of Colombia. The topic of the research was the construction of the corporeality of young ex-combatants throughout their life journeys. This article focuses on the transit of young people from armed groups to care programs aimed at this population. **Methodology.** The methodology used was the construction of oral, graphic, body and written narratives. **Results.** Corporeality of young ex-combatants has been built through meaningful social relationships established as a search for social recognition of their lives as lives worth living. **Conclusions.** More than conclusions, this article presents a series of reflections to continue the conversation about the processes of inclusion of young ex-combatants into civil life.

Key words: armed conflict, corporeality, social inclusion, young ex-combatants, narratives, care programs.

* Universidad de Caldas, Manizales, Colombia. E-mail: sandra.vallejo@ucaldas.edu.co.

 ORCID 0000-0002-9564-3134



Introducción

Este artículo se encuentra estructurado en tres momentos: el primero de ellos obedece a la descripción y reflexión sobre construcción de la corporalidad de los jóvenes excombatientes durante su experiencia en el grupo armado. El segundo hace referencia a las reconfiguraciones de la corporalidad que experimentan los jóvenes al ingresar a los programas de atención con relación a lo que implica insertarse en la dinámica institucional y vivir en la ciudad. El tercero obedece a algunos planteamientos para continuar la conversación con actores interesados en los procesos de inclusión y de convivencia social con jóvenes excombatientes en Colombia, con base en el reconocimiento de sus experiencias corporales.

La narrativa fue el método propuesto para favorecer la comprensión respecto a cómo hemos construido con los jóvenes excombatientes su corporalidad, en el tránsito del grupo armado a los programas de atención. De esta manera, a partir de narraciones orales, gráficas, corporales y escritas, reconocimos sus experiencias corporales como una posibilidad de: acercarnos a sus vidas; construir significados compartidos; comprensiones colectivas y reescrituras colaborativas sobre la vida misma. En palabras de Gergen (2007) estas narraciones fueron entendidas como recursos conversacionales, como construcciones abiertas a alteraciones continuas, a medida que la interacción progresaba.

El cuerpo en el grupo armado

Entender la corporalidad de los jóvenes excombatientes del conflicto armado implica reconocer sus experiencias de vida; entendiendo como experiencia a aquello que toca la vida, que atraviesa el cuerpo y que le da sentido y significado a nuestra relación con el sí mismo, con los otros y con lo otro. En palabras de Larrosa (2006) la experiencia tiene que ver con “lo que nos pasa [...] nos acaece, nos alcanza; lo que se apodera de nosotros, lo que nos tumba y nos transforma” (p. 5).

Las experiencias de vida de los jóvenes excombatientes se configuran a partir de las relaciones sociales significativas que han contribuido a movilizar los significados respecto a la realidad, a la vida y al lugar de sus cuerpos en el mundo de las relaciones. Lo significativo tiene que ver con la forma en cómo las relaciones han tocado, atravesado y transformado su corporalidad en tanto posibilidad de reconocimiento de sus cuerpos y del cuerpo de los otros. En este sentido hacer referencia a la corporalidad implica reconocer que el cuerpo se construye en el marco de un contexto cultural y relacional que no siempre es visible o reconocido, pero que incide de manera directa sobre la forma en cómo nos asumimos e interactuamos con los demás.

En el caso de los jóvenes excombatientes, logramos (entre los jóvenes y yo) identificar que la relación con el grupo armado se constituyó en una experiencia de vida significativa que

transformó sus cuerpos y que hoy en día configura sus corporalidades; ya que nos inquietamos por reconocer y comprender esta experiencia a partir de las prácticas cuyo objeto de dominación, control o exaltación era el cuerpo. La corporalidad fue entendida como un darnos cuenta de que no solo tenemos un cuerpo físico y biológico, sino de que somos un cuerpo socialmente construido y de que nos encontramos sujetos a los demás; pero que también, con los demás, construimos el lugar de nuestros cuerpos en el mundo relacional.

La corporalidad comprende el carácter social del cuerpo, en ella se reconocen las esferas personal, social y simbólica, es decir, hace referencia al cuerpo vivo y al cuerpo vivido. La corporalidad remite así, a la dimensión del cuerpo en la que se realiza la vida corporal, más allá de sus cualidades puramente orgánicas. Lo que busca destacar el concepto de corporalidad es que se tiene un cuerpo, se reconoce que se lo tiene y entonces se es un cuerpo; en consecuencia, esta consciencia establece una relación específica con el cuerpo que invita a adoptar una posición respecto a él que haga imposible excluirlo. (Pedraza, 2004, p. 66)

La experiencia en el grupo armado se configura a través de una serie de prácticas corporales, que se construyen relacionalmente, con las cuales se busca moldear el cuerpo y la acción; es decir, aquello que se puede hacer con el cuerpo para generar nuevas dinámicas de relación con el sí mismo y con los otros.

En el grupo armado, vigilancia, control, dominación, sujeción y reconocimiento de los cuerpos de los jóvenes desde su materialidad (fuerza, apariencia, resistencia e investiduras) son prácticas que pretenden dominar a los sujetos con el propósito de garantizar la sobrevivencia del cuerpo colectivo, esto es: la sobrevivencia del grupo armado. Estas prácticas corporales se encuentran mediadas, además, por investiduras corporales tales como el arma el uniforme y las botas; al igual que por dispositivos relacionales que reconfiguran una relación particular con sí mismo y con los otros; relación caracterizada por la anulación o desconfianza frente a lo diferente, por la imposición del poder desde el uso y abuso de la fuerza y la generación o supresión del temor; pero también por la capacidad de mimetización, adaptación, exposición y resistencia de sus cuerpos ante los riesgos, adversidades y desafíos que se les imponen. Estas reconfiguraciones se sostienen en la idea de que la participación en el grupo armado, es una forma de garantizar el reconocimiento social de sus cuerpos; cuerpos que, en otros contextos relacionales, no importaban, no eran visibles.

Investiduras corporales

El arma, el uniforme y las botas son investiduras corporales que paulatinamente se convierten en extensiones del cuerpo con las cuales no solo se busca garantizar la sobrevivencia del cuerpo

colectivo armado sino también el reconocimiento social de los cuerpos como objetos de poder, temor y dominación; mientras que las nuevas investiduras presentan al guerrero: un guerrero que comienza a salir del anonimato.

El arma no es solo el dispositivo que inviste al guerrero, con ella se comienza a generar una relación particular mediada por discursos sutiles sobre el poder y el afecto.

Yo cuando tenía 11 años yo parecía como niña, como de 10 años, toda pequeñita, yo era toda chiquitica, yo era toda gordita y me pusieron un fusil larguísimo que era más grande que yo, un pate palo y yo lo arrastraba y yo me sentía feliz arrastrándolo, a mí no me daba susto porque como eso era muy grande, si me lo ponía acá la punta me llegaba al suelo, entonces yo lo arrastraba y a veces por ahí alguien me ayudaba, pero finalmente uno tiene que encargarse de eso [...] a uno le decían que el fusil era como la madre, como la familia y que uno no podía dejarlo por ahí descuidado como su fuera cualquier cosa [...] a uno le dicen allá que la arma es como la familia de uno allá porque ellas siempre me han acompañado, ¡mire!, yo era una de las que dejaba el fierro por allá lejos y me decían, ¡oiga! mire que este podría ser su mamá o su papá, me decían así y mire que este le está salvando la vida a usted y yo no le paraba bolas a eso, pero ya después sí. (Relato Berenice, como se citó en Vallejo, 2015)

El uniforme es uno de los primeros dispositivos de poder entregados a los jóvenes; con este se viste el cuerpo, se genera la pertenencia a un nuevo grupo y se transforma la manera de presentarse ante los demás. Portar el uniforme no solo es un distintivo de pertenencia al grupo sino de protección, confianza y reconocimiento social. El uniforme permite mimetizar los cuerpos en la selva, camuflarlos ante el enemigo; pero también presentarse ante los civiles como autoridad, poder y como guerreros. Uniformar los cuerpos implica desdibujar las diferencias, homogeneizar a los sujetos y crear una sola identidad para el colectivo armado; sin embargo, esto implica generar una diferencia y un reconocimiento particular ante el resto de la sociedad; una sociedad que suele invisibilizar a los jóvenes de la zona rural, de la cual provienen la mayoría de los excombatientes.

El uniforme de cierta forma lo hace ver a uno más grande, uno se siente como con autoridad, cuando salíamos con el uniforme y nos veían era una sensación muy bacana, eso era muy chévere porque usted se sentía como Popeye pues usted caminaba y con su fusil, y todo el mundo respeta cuando lo ven así y atrae mucho a los hombre también. (Salazar, 2012, p. 43)

Las botas son otra de las investiduras del guerrero, siendo las que más extrañan los jóvenes excombatientes. Las botas les daban seguridad y les permitían sentirse, tal como lo expresó Gabriel en una de nuestras conversaciones, “pisando firme”. Las botas tienen la característica de ser livianas, apropiadas para las largas caminatas, sin cordones, como estrategia de quien siempre está listo. Las botas están diseñadas para acompañarlos por largos períodos de tiempo; estas, como ellos, aguantaron: las adversidades del terreno, del clima, del río o la trocha; estuvieron siempre allí, como ellos, resistiendo. Quizás, por ello salir del grupo armado implica encontrar otra horma a sus pies; otras formas de sentir confianza, firmeza y seguridad.

Lo que más me hace falta son las botas, porque acá ponerse tenis es muy raro, me hace falta el equipo, sentir el camuflado, el chaleco, pero sobretodo las botas, con las botas me sentía seguro, me sentía como pisando firme, en cambio con los tenis me siento como elevado. (Relato Gabriel, como se citó en Vallejo, 2015)

Portar el uniforme, arma y botas, genera en el grupo armado condiciones de: grandeza, admiración, poder, prestigio, belleza y reconocimiento; condiciones que eran casi imposibles de llegar a experimentar en sus contextos de origen. Hoy en día, reconocemos que se trata del tránsito del cuerpo campesino al cuerpo del guerrero. También se reconoce que el uniforme, las botas y el arma son investiduras que se ponen y se quitan del cuerpo; las cuales disponen formas particulares de relación en el tránsito del grupo armado a los programas de atención, a la vida en la ciudad. Este proceso de darnos cuenta, de reconocer nuestros cuerpos en las diversas lógicas relacionales, hace referencia a la construcción de la corporalidad.

Asumir un alias

Tener un alias en el grupo armado obedece a una estrategia que configura un ritual de paso entre la vida del niño invisibilizado en el campo, al hombre guerrero que lucha según los discursos del grupo por causas populares en defensa de la garantía de la justicia, dignidad y respeto de los derechos humanos. Sustituir el nombre de nacimiento connota un cambio de vida, una nueva identidad que configura formas particulares de relacionarse con el propio cuerpo y con el de los demás. Cambiar el nombre propio implica asumir otra identidad con la que se legitiman prácticas de guerra con las que se construyen nuevos valores, sentidos y significados frente a la vida, frente al otro y frente al lugar que se ocupa en el mundo de las relaciones. Asumir un alias se constituye en una estrategia de camuflaje, de desidentificación y por qué no, de liberación de responsabilidades frente a los actos cometidos en medio de la guerra.

Sustituir el nombre propio significa una ruptura con la familia y el grupo social de origen. Es renovar una marca, que los aferra a sí mismos y a los otros con los que han construido valores

sociales y culturales; los cuales hacen parte de su propia historia. Asumir un alias es renunciar a la diferencia y vincularse a un cuerpo colectivo y a los intereses de una organización. Es una de las primeras renunciaciones a las que está obligado el guerrero, el nuevo nombre, el nombre de guerra y en nombre de la guerra, por lo que serán reconocidos y recordados sus cuerpos.

El entrenamiento físico y la formación política

El entrenamiento físico no solo busca generar estrategias para dominar el cuerpo de los otros sino, y especialmente, para dominar y controlar el propio cuerpo en aras de garantizar la supervivencia del cuerpo colectivo. Estas prácticas buscan sincronizar los cuerpos configurando ritmos, movimientos, marchas, sincronías y actitudes particulares para fortalecerlos y hacerlos invencibles, visibles y distinguibles ante los demás.

En la intención de hacer que los cuerpos resistan a los avatares propios de la guerra se desarrollan prácticas corporales que buscan aniquilar el miedo, ya que perderlo significa la posibilidad de sobrevivencia. En este sentido los jóvenes deben perder el miedo a la noche, a los ruidos propios de la selva, a los animales quienes finalmente se convierten en sus más fieles compañías; deben perder el miedo a la sangre, al combate, a la muerte, a lo desconocido e incierto. Para ello las prácticas corporales se centran en anestesiarse los cuerpos, en controlar las emociones, en forjar al guerrero a través del vencimiento de los miedos. Esta es una forma no solo de sobrevivir física sino, además, socialmente.

Demostrar que se es fuerte y que no se tiene miedo es una forma de escalar en el reconocimiento del grupo armado. Vencer el miedo y arriesgarse a las vicisitudes de la guerra hace que unos cuerpos sean reconocidos más que otros, inclusive cuando se deja de vivir. Como lo plantea Salazar (2012), morir en combate mitifica la imagen del campesino transformado en guerrillero, lo sublima, lo convierte en héroe, lo inscribe en otro orden social: lo graba en la historia. En este mismo sentido Castro (2002) plantea que “los guerreros nunca mueren aunque destrocen sus cuerpos” (p. 42).

Yo le cuento que a mí el cerebro se me dañó mucho por allá, porque yo iba a la guardia y le digo que lo primero que yo hacía, era que destapaba una bala y me comía la pólvora para que no me diera miedo y eso me daba un dolor de cabeza [...] yo quedé traumatizada, porque a mí una vez me pusieron a comer sesos de un muerto, para que votara el susto, porque cuando mataban a alguien allá en el grupo o fusilaban a alguien, yo no era capaz de dormir y yo me la pasaba todo la noche gritando [...] yo sé que ustedes no me creen, pero claro, como ustedes no lo vivieron, pero yo sí, porque yo si lo viví, a mí me obligaron porque el comandante siempre me decía que yo debía votar el miedo. (Relato Berenice, como se citó en Vallejo, 2015)

El entrenamiento del cuerpo exige exceder sus propios límites y fortalecer la sensibilidad de los sentidos, escuchar los mínimos sonidos o aquellos extraños, acostumbrarse al ruido de las armas, agudizar la vista en horas de la noche y saber diferenciar a un guerrillero de un paramilitar, un civil y un soldado, adaptarse a los olores propios de largos días de caminata, al olor de la leña, la pólvora, la naturaleza, la humedad de la selva y la muerte.

Con el entrenamiento militar se busca encarnar nuevas posturas corporales que diferencian el cuerpo del guerrero. La mirada, el porte y la forma de caminar, expresan actitudes que más allá de la palabra pretenden transmitir emociones y significados construidos en el grupo armado. Se trata de una nueva posición frente a los otros, caracterizada por una actitud vigilante y de desconfianza. Como lo diría Enrique, un joven excombatiente, “aprendí a estar siempre firme, dispuesto a combatir, a emprender la huida, a tomar el arma, a disparar, a cargar el equipo; a reconocer al enemigo” (como se citó en Vallejo, 2015). Se trata de una disposición activa y reactiva frente a órdenes de los mandos y a las acciones inesperadas.

De la guerra quedan, como inscripción, sus cicatrices; escritura en esa superficie llamada cuerpo que dice del goce de los tiempos guerreros. Son remiendos de heridas pretendidamente sanadas, incisiones que han procurado su cerramiento. Son emblemas de una historia ilustre, huellas imborrables, tatuajes de la guerra sobre la piel en un cuerpo cansado que muchas veces se denuncia tempranamente envejecido y desgastado. (Castro, 2002, p. 54)

La formación política, cada vez menos reconocida por los jóvenes, se convierte en otro dispositivo utilizado por los grupos armados para disciplinar y manipular los cuerpos con la idea de que su participación en la vida armada está justificada por fines ideológicos, políticos, que buscan luchar por el pueblo en la garantía de mejores condiciones de vida para el mismo. Así que entrenar el pensamiento bajo la idea de convertirse en héroes, salvadores y guerreros, y ser reconocidos socialmente como tales, es un criterio fundamental para garantizar la permanencia de los jóvenes en los grupos armados.

Yo digo una cosa, o sea, lo que dicen ellos es que ellos luchan por la pobreza del campesino y el gobierno lucha por la riqueza y ellos dicen que si ellos abandonan las armas y se salen del monte, que los grandes terratenientes se adueñan de las tierras. Por eso fue que Álvaro Uribe metió a los paras, para que matara a la gente y la gente pues al meterles terrores, abandonaran la tierra y ellos se adueñaran de ellas. (Relato Gabriel, como se citó en Vallejo, 2015)

El cumplimiento de las normas

En el grupo armado se deben cumplir las normas. No hay cabida a los errores, las justificaciones y los cuestionamientos. Los jóvenes se deben al grupo y particularmente al comandante a quien deben respetar, escuchar atentamente y al que no es conveniente interpelar.

Nosotros nos reuníamos todos en unas charlas. Yo decía: pero mi pregunta es, ¿por qué luchamos?, y ellos siempre me decían que nosotros luchábamos por el pueblo y, yo siempre preguntaba, pero ¿cuál pueblo? A mí me parecía raro, luchar por un pueblo al que le quitamos las cosas de sus civiles. Por estas preguntas fue que una vez me amarraron y me hicieron consejo de guerra. (Díaz et al., 2010, p. 10)

El cumplimiento de las normas, disciplina y castigos, se impone e inscribe en los cuerpos; asimismo, el castigo se hace de manera pública utilizando el cuerpo como medio para controlar la disciplina y la estabilidad del grupo. En el cuerpo se inscribe el dolor y el sacrificio como regulador de los comportamientos y como forma de prevenir —en los otros— nuevas faltas.

En el cuerpo se registra el castigo, el cual se exhibe públicamente como un espectáculo para mostrar a los demás las causas de la falta cometida. Sin embargo, más que la inscripción física materializada en dolor, es el desgaste, el sometimiento y el cansancio, lo que queda grabado tanto en el cuerpo como en la memoria, no solo de quien recibe el castigo sino de quienes son espectadores. Son la culpa, la vergüenza, la humillación, el temor, la desconfianza y el sometimiento, las condiciones que comienzan a caracterizar la relación de los jóvenes con sí mismo y con los otros cuerpos.

Una de las formas donde se hace evidente la lógica del castigo y la exposición pública de los cuerpos en aras de dominarlos, controlarlos, humillarlos y sujetarlos al poder de unos pocos, son los consejos de guerra. Esta práctica es implementada en los grupos armados para que el infractor sea sometido al cuestionamiento público de los demás compañeros quienes, finalmente y a través de votación, deciden si la vida del infractor merece ser vivida o no. El voto depende de la trayectoria, de sus antecedentes, hazañas y errores, de sus comportamientos y de las relaciones que han ido construyendo en el cuerpo colectivo.

Con este tipo de prácticas, se evidencia que más que sancionar al infractor, se busca el sometimiento de aquellos que son espectadores; quienes tiene prohibido reflejar algún asomo de compasión dado que participar del castigo es una forma o estrategia para adiestrar el cuerpo, controlarlo y deshumanizarlo; en este sentido es una forma de anestesiar el cuerpo, de callarlo, dominarlo, inmovilizarlo; bajo la garantía de ser cada vez más útil, más guerrero y más productivo al cuerpo colectivo, al grupo armado.

Los consejos de guerra son un espacio perfecto para insensibilizar los cuerpos, para anular los vínculos de confianza, las relaciones cercanas, y la posibilidad de construir alguna relación afectiva. Esto bajo el entendido de que, en la mayoría de las ocasiones, se utiliza como ajusticiador a la persona más cercana al infractor como prueba de valor, fortaleza y respeto por los principios del grupo; como muestra del hacerse guerrero, un guerrero que debe endurecer su cuerpo con una coraza que impide el mínimo reconocimiento de su humanidad y la del otro.

Yo tenía una amiga, juanita. Ella se metió en problemas por acostarse con varios tipos. Nosotras éramos amigas desde que éramos civiles, y compartíamos la carpa. El comandante dijo que no importaba que ella fuera mi amiga. Ella había cometido un error y tenía que pagar por eso. Yo cerré los ojos y disparé, pero no le di. Entonces disparé de nuevo. El hueco estaba ahí al lado. Tuve que enterrarla y poner tierra ahí encima de ella. El comandante me dijo: “lo hizo muy bien, así se haya puesto a llorar. Va a tener que hacerlo muchas más veces, le va a tocar aprender a no llorar”. (Human Rights Watch, 2003, p. 15)

Las corporales vividas en el grupo armado van configurando en los jóvenes una experiencia caracterizada por relaciones construidas desde el riesgo, la aventura, la inmediatez, el disciplinamiento, la sumisión-dominación, la intensidad, la desconfianza y el temor. Estas características de las relaciones motivan a los jóvenes a la huida del grupo armado como una estrategia de resistencia ante un poder que busca dominarlos. Los ideales que se promulgan en el grupo armado no encuentran sintonía con las búsquedas de los jóvenes, en tanto construcción de posibilidades para tener mejores condiciones de vida para sí mismos y para sus familias.

Pues yo quiero estar acá porque quiero luchar para salir adelante, tener mi propia vida, ayudar a mi familia, ayudar a mi papá, ser una profesional, seguir estudiando y tener mi propia familia. A mí me gustaría que cuando yo tenga mi propia casa traérmelo a vivir conmigo, o sea, la verdad yo quisiera que mi papá se sintiera orgulloso y veo eso como un reto que ya no siga por allá, que vendiendo cacao, que vendiendo plátano, que tenga otra forma de vida, o sea que tenga años de descanso, diferente a la vida que ha tenido por allá. (Relato Berenice, como se citó en Vallejo, 2015)

En el grupo armado los jóvenes logran, de alguna manera, materializar el reconocimiento y la supervivencia social que estaban buscando al momento de salir de sus familias. En el grupo logran construir una red de relaciones que aparentemente los apoya, los respalda, los protege y les garantiza las condiciones mínimas de supervivencia. Una red de relaciones que los saca del anonimato y que les permite construir otro sentido a sus vidas al ser reconocidos como héroes, defensores, combatientes o guerreros; condiciones que, en una sociedad como la nuestra, cuentan más que ser niño, campesino o trabajador. Sin embargo, las situaciones a las que cotidianamente se enfrentan los jóvenes en el grupo armado empiezan a develar que

los discursos promulgados, que en algún momento los motivó a ser parte de este cuerpo colectivo, no corresponden con las prácticas de guerra que deben desarrollar y a las que se ven sometidos; iniciando una tensión y confrontación entre las búsquedas, o ideales de los jóvenes, y los discursos y las acciones que se configuran en un escenario de guerra.

La vida cotidiana en el grupo armado, o cuando se está fuera de él, comienza a generar en los jóvenes cuestionamientos frente al reconocimiento de sus cuerpos. Un reconocimiento que está mediado por dispositivos de control, dominación y anulación de la diferencia, así como por dispositivos externos que invisten a sus cuerpos y los posiciona socialmente desde el temor, la capacidad de destrucción y en algunas ocasiones desde la compasión o la victimización.

La construcción de la corporalidad en la vida civil: la experiencia en los programas de atención

Una vez los jóvenes menores de 18 años salen del grupo armado, independientemente de su forma de desvinculación, ingresan al programa de atención dispuesto por el gobierno nacional para jóvenes excombatientes del conflicto armado. Este programa busca impulsar la desmovilización y aunar esfuerzos que contribuyan a favorecer los procesos de atención de los excombatientes en la garantía de su reincorporación social. A partir de este propósito, y teniendo en cuenta que al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) le compete la atención de los niños, niñas y adolescentes menores de 18 años, se ha construido un proceso de atención para esta población orientado desde dos modalidades básicas: la modalidad institucional y la modalidad sociofamiliar. En la investigación que da cuenta de este artículo, participaron jóvenes ubicados en la modalidad sociofamiliar “Hogar Tutor”.

La modalidad “Hogar Tutor”, según el ICBF (2005), privilegia la atención de los jóvenes excombatientes en un medio sociofamiliar en el que una familia seleccionada y capacitada, de acuerdo a criterios técnicos del ICBF, acoge voluntariamente y de tiempo completo a un niño, niña o adolescente menor de 18 años con medida de colocación familiar al encontrarse en situación de peligro por ser desvinculado de grupos armados irregulares y haber sido utilizado por estos en actividades contrarias a la ley. Este programa tiene como objetivo proporcionar una atención integral en un ambiente familiar tutor; de tal manera que faciliten su proceso de desarrollo personal, familiar y social, en el cual se garanticen y restituyan sus derechos y se les propicie la inserción social debida. La permanencia del niño, niña o adolescente en esta modalidad es de carácter temporal hasta cuando de conformidad con la ley deba egresar.

Cuando los jóvenes ingresan a los programas de atención deben enfrentarse a nuevas dinámicas sociales. Comenzar a ser parte de sistemas familiares, educativos e institucionales, les exige a los jóvenes reconfigurar su corporalidad a través de las nuevas prácticas corporales que se establecen en la vida civil.

Joseph (1999) relaciona el concepto de lo civil con una dimensión urbana y pública en la que se establecen interacciones y encuentros recíprocos que configuran una mayor disposición a la observación de los cuerpos, exigiéndoles unas competencias sociales o saberes prácticos que visibilizan y enuncian los cuerpos en los diversos procesos de socialización. En efecto, la construcción del cuerpo civil se configura en una forma particular de sociabilidad que conduce a la civilidad: un cuerpo que sabe vivir en la ciudad.

Aprender a vivir en la ciudad implica redisciplinar el cuerpo del guerrero, del excombatiente; una forma de hacerlo en los programas de atención es a través del control del tiempo con lo que se busca regular sus cuerpos bajo la observación permanente del proceso de adaptación a los ritmos, dinámicas y *deber ser* en la ciudad. El tiempo, la observación y el control se disponen para determinar de manera homogénea los procesos de atención a los jóvenes excombatientes y en este sentido garantizar su permanencia en la ciudad; una permanencia que no necesariamente se orienta a favorecer la convivencia en este nuevo contexto, ya que sus historias deben ser invisibilizadas en algunos escenarios; lo que se constituye en una tensión para los jóvenes en tanto se comienza a comprender que las prácticas, investiduras y experiencias reconocidas y valoradas en el grupo armado son objeto de rechazo, victimización y/o estigmatización en la ciudad.

Durante los procesos de atención se acude con frecuencia a la disciplina mediada por la observación, el registro de sus comportamientos, la corrección de los mismos y el encauzamiento para garantizar la normalidad; una normalidad que de alguna manera se ve favorecida por prácticas aprehendidas por los jóvenes en el grupos armado como, por ejemplo: llegar puntuales a las citas, respetar horarios programados, guardar secretos, cumplir las normas, despertarse a horas tempranas, hacer ejercicio, caminar y en general adaptarse a lo incierto. Sin embargo otros procesos cotidianos no son fáciles en la ciudad y en el tránsito a la civilidad: usar transporte público, ir de compras, usar un teléfono, cruzar una avenida, manejar dinero, reconocer señales de tránsito, gestionar documentos en las instituciones, modificar hábitos alimenticios, establecer relaciones interpersonales, tomar decisiones, participar activamente en procesos sociales y familiares, usar adecuadamente el vestido, realizar prácticas higiénicas, expresarse de manera afectiva o entendible y comprender las nuevas lógicas de vida sin el uso de la fuerza y la imposición. Así lo manifestó Julián un joven excombatiente: “yo recuerdo cuando me presentaron al defensor, yo decía: ¿defensor?, ¿qué es eso?, ¿defensor de qué?, ahora cuando me dicen que voy a tener una madre tutora yo pensaba: ¿madre tutora?, ¿qué es eso? Yo no entendía nada” (como se citó en Vallejo, 2015).

A través de los procesos de atención se espera que los jóvenes restablezcan sus derechos al cumplir la mayoría de edad (18 años); considerando no solo que allí se termina la medida de protección, sino que también se encuentran preparados para vivir la vida con autonomía e independencia. Sus vidas son reguladas para ser productivas, por ello parece que está prohibido

perder el tiempo. La siguiente debe ser en un día la distribución de horas para un joven excombatiente de acuerdo a los lineamientos del ICBF (2005):

Horas de sueño	8 h
Asistencia al colegio	6 h
Alimentación	3 h
Elaboración de tareas	2 h
Desplazamiento	2 h
Asistencia a actividades extracurriculares	3 h

Organizar el tiempo de acuerdo a lo establecido en los lineamientos del ICBF no es para los jóvenes una dificultad, pues se trata de un ordenamiento más al que ya solían estar acostumbrados. Desde esta lógica se desdibuja el interés por comprender los procesos particulares de los jóvenes, condiciones, necesidades, recursos y proyecciones, al igual que la forma en cómo esto puede abordarse relacionamente.

Así muchos de los jóvenes experimentan su paso por el programa con la sensación de encontrarse atrapados, controlados y vigilados en aras de no cometer errores que limiten su salida del programa en condiciones adecuadas; en el sentido de que les permita, una vez egresen del programa, continuar accediendo a los beneficios otorgados para los jóvenes desmovilizados y de alguna manera continuar con las relaciones establecidas con los equipos de atención y las familias tutoras. Así lo expresa Eduardo un joven excombatiente: “yo intento hacer todo bien y comportarme bien, y no tener problemas con nadie, yo pienso en mi libertad, en el día en que salga del programa, pero saliendo por la puerta grande como debe ser”(como se citó en Vallejo, 2015).

La dificultad desde esta orientación, centrada en el tiempo, el control y la vigilancia, radica en la proyección u orientación que este ordenamiento tiene para la vida de los jóvenes, para una vida civil, para un cuerpo que vive en la ciudad y que enfrenta a lo público, a una historia, a diversas formas de vida y a nuevas relaciones que exigen competencias, conocimientos, capacidades y acciones particulares para la cuales no están preparados.

El nombre

El nombre se constituye en un elemento clave en la construcción de la relación de los jóvenes con sí mismos, con otros y con lo otro. La forma como los jóvenes se nombran, empieza a cobrar importancia a lo largo del desarrollo del proceso de atención. Inicialmente, cuando llegan al programa, algunos jóvenes cambian su nombre o lo ocultan como una forma de protegerse de quienes somos desconocidos, amenazantes o extraños. Este en ocasiones es revelado cuando encuentran un terreno fértil para construir confianza.

Respecto al nombre existe otra situación en el caso de los jóvenes excombatientes, la cual tiene que ver con el deseo de cambiarlo definitivamente; esto es entendido como una necesidad, de reconstruir sobre lo construido, de exponerse de otra forma ante los otros, de transitar de unas condiciones de vida a otras. Es una expresión de reconocimiento y de un intento por construir una nueva relación con el cuerpo, relación que va configurando la corporalidad.

La historia del combatiente

La vida en la ciudad demanda para los excombatientes otro tipo de interacciones en las que deben lidiar con sus propias historias, aquellas asociadas a la vida en el grupo armado. No es fácil responder a preguntas relacionadas con quiénes son, de dónde vienen, quién es su familia, por qué están aquí. En ocasiones ocultan su historia como una forma de evitar rechazo, de protegerse; aunque en ocasiones también su historia se convierte en un exitoso elemento de conquista, de reconocimiento o de generación, de respeto o temor especialmente entre los pares.

La corporalidad de los jóvenes no solo se va construyendo a partir de las nuevas relaciones que establecen con los otros, sino también con lo otro; en el sentido de que el ambiente, el clima, la comida, la cultura, el ruido, la contaminación, el movimiento y los olores propios de la ciudad, se convierten en detonantes para querer huir; para volver a sus zonas de origen, incluso con añorar la vida en el grupo.

Pido la palabra. Por ejemplo yo, yo era una niña sana y sólo lo único que me daba allá (en el grupo) era gripa porque sufría de rinitis y llegué acá, me he enfermado que de la migraña, que del colon, porque uno acá come tantas porquerías y usted en el campo no, digamos que acá en la ciudad los carros reemplazan los ríos del campo, aca todo huele y sabe diferente, hay mucho ruido no hay como la tranquilidad de por allá.
(Relato Diana, como se citó en Vallejo, 2015)

Trasladarse a la ciudad implica una nueva relación con el cuerpo, pues en la guerra el cuerpo es anestesiado y silenciado. El cuerpo, es entendido y asumido como objeto; por lo tanto no se piensa y mucho menos se siente, pocas veces se observa y casi nunca se vive. El cuerpo no se reconoce. Es un cuerpo esquivo a la enfermedad, a la mirada de los otros. Sus dolores, olores y transformaciones son acallados; tan solo comienzan a tener voz cuando en los programas de atención se les permite salir del mutismo, cuando se reconoce su existencia, cuando está en reposo y cuando otros los invitamos a relacionarnos de manera diferente.

Las marcas corporales

De las marcas de la guerra hablan poco. Mucho se ha dicho sobre que representan las insignias del guerrero, los triunfos alcanzados; sin embargo, a partir del desarrollo de este proceso, he comprendido que por lo general no es así. Tal vez en los hombres sea más recurrente evidenciar estos discursos; pero en las mujeres existe una resistencia a exhibirlas porque da vergüenza, temor, culpa o dolor. Muchas mujeres quisieran eliminarlas, borrarlas, taparlas, camuflarlas, tatuarlas. Las marcas corporales, o como lo plantea Aranguren (2011) las ‘inscripciones’ corporales, no solo se refieren a los trazos materiales sobre el cuerpo sino a aquellas marcas que se registran en lo simbólico y configuran la corporalidad, el significado y la relación que se establece con el cuerpo.

Las formas particulares de discurso van inscribiendo en el cuerpo de los combatientes una serie de signos, trazos o marcas que hablan de la asimilación de las relaciones simbólicas vehiculizadas por el discurso velico, de las identificaciones con el modelo-imagen del ser guerrero o en general de las incorporaciones de estas formas de discursivas. (Aranguren, 2011, p. 11)

Para los jóvenes las marcas de la guerra reconfiguran su corporalidad cuando están en la ciudad. Es necesario comenzar a modificar formas de vestir, expresarse y exponerse ante los otros. No se está seguro sobre qué decir, qué contar de las inscripciones que quedan registradas en la piel, siempre existe una opción como lo planteó Lorena —joven excombatiente— en una de nuestras conversaciones: “apagar la luz”; pero cuando se enciende, ¿cómo enfrentarlo?

Los jóvenes no solo intentan camuflar, ocultar o crear otras historias frente a las inscripciones que dejó en su cuerpo el paso por el grupo armado, sino que también silencian sus historias como excombatientes por temor a la resistencia, rechazo o estigmatización de la sociedad civil. Esta es una forma de proteger su vida. Al respecto, Lorena una de las jóvenes que participó en el programa de atención refiere: “nosotros venimos con una marca, nosotros con la sociedad no podemos expresarnos, todos los días la gente va a la casa, pero yo no puedo decir quién soy, ellos ni saben mi nombre, para ellos soy la pecosa” (como se citó en Vallejo, 2015).

Los efectos de la guerra comienzan a hacerse visibles al estar con otros, otros con quienes a través de las preguntas y las conversaciones configuran su corporalidad. En los cuerpos se exhiben sus experiencias, una vez que se han despojado de sus armaduras, una vez se tiene tiempo para pensar, para sentir, para vivir, es decir, una vez que se está expuesto a la mirada y al diálogo con otros para construir la corporalidad. “El otro simbólico deja su marca en el cuerpo [...] su marca atraviesa el cuerpo para constituirlo, ordenarlo y así organizar los modos de relación con los diversos cuerpos” (Aranguren, 2011, p. 8).

Las investiduras del cuerpo

Los cuerpos hablan a través de los recursos, expresiones o artificios que se usan y median en el contacto con los demás. Es frecuente, sobre todo en las mujeres, observar continuos cambios de estilo (cabello, uñas, ropa); estas prácticas surgen de manera significativa en poco tiempo, una vez llegan a los programas de atención. Las familias tutoras contribuyen a esto, pero también las jóvenes hacen dichos cambios acudiendo a su capacidad de observación. Realizan un ‘seguimiento’ de cómo actúan las mujeres en la ciudad, cómo se paran, cómo caminan, cómo se visten; de esta manera incorporan nuevas prácticas a su vida diaria, nuevas formas, por ejemplo, de vestir su cuerpo.

Lo femenino cobra otro sentido por lo tanto el maquillaje, el arreglo de uñas, los peinados, la ropa, el estilo, la forma de hablar, de expresarse, los movimientos corporales son incorporados de acuerdo a las demandas y competencias propias de la ciudad. Ellas desean verse diferente. Se sienten diferentes. Esto también ocurre con los hombres, en especial cambian su ropa y peinado. Algunos de ellos comienzan a incorporar otros accesorios como *piercing*, agujas, aretes. Les llama la atención lo que ocurre con sus manos, ya son manos diferentes “no son las de campesino, tampoco las de un guerrillero”, hay una diferencia entre ellas, refieren y evidencian la delicadeza que estas adquieren cuando están en la ciudad. En ocasiones para los hombres esto se convierte en motivo de burla o confrontación.

La ropa como indumentaria que viste el cuerpo refleja la relación que se ha establecido con él. Ya se viste diferente, ahora las prendas pueden usarse más ceñidas al cuerpo, ya no tienen que ser anchas para garantizar comodidad y reflejar la disposición de siempre estar listos para el combate. Ahora cada uno de los jóvenes tiene la libertad para escoger, decidir, reconocerse en la diversidad; ya no están uniformados porque cada uno refleja el color, el gusto y el estilo que desea proyectar.

La inmersión en el nuevo contexto demanda la configuración en los jóvenes de diversas prácticas corporales que poco a poco dan cuenta de los sentidos, significados y relaciones construidas en la ciudad. Es un darse cuenta de que tienen un cuerpo, un cuerpo que está vivo, un cuerpo que refleja la relación con la vida; por ello hacen referencia a su vida después de la guerra como “una vida apasionada”, “un nuevo amanecer”, un “despertar de la muerte”, un darse cuenta de que “estoy vivo” y con ello de que sus vidas merecen ser vividas.

Estar en el programa es, entonces, reconocido por los jóvenes como una oportunidad de vivir una vida más vivible; pues en sus contextos de origen las condiciones de pobreza, precariedad, violencia familiar, conflicto armado, siguen estando latentes. Los jóvenes reconocen que las nuevas relaciones con la institucionalidad, con el Estado, a partir de su experiencia en la guerra, los han visibilizado y de alguna manera ha favorecido la construcción de nuevas

oportunidades para ellos. También reconocen que en el programa se han construido vínculos, afectos, seguridades, confianzas, pertenencias, arraigos que se encuentran mediados por el reconocimiento de sus vidas y que superan el registro de las mismas. Sin embargo reconocen, desde lo observado, que la dificultad una vez se egresa del programa radica en que ya no existe un sostenimiento, apoyo, acompañamiento y orientación respecto a sus vidas. Entonces, nuevamente deben enfrentarse a lógicas desconocidas; esta vez sin el respaldo de una familia, un grupo o un programa. Las decisiones deben asumirse con autonomía en medio de la incertidumbre, pero también con la seguridad de que han construido algunas relaciones a las cuales pueden acudir en momentos de dificultad: la familia de origen, el grupo armado, los equipos psicosociales y los hogares tutores son redes relacionales que han logrado construir.

Es que yo veo que a los muchachos cuando salen del programa les va muy mal, se meten en muchas cosas raras, les dan esa plata y como que se enloquecen, como que no saben que hacer con ella, como que no piensan en que va a hacer, si, salieron a la libertad, pero eso como que les queda grande, como que uno se asusta. Yo también pienso en eso, cuando yo salga que voy a hacer, pues ya no van a estar ustedes como para darnos todo y decirnos que hacer y más nadie que lo escuche a uno, yo no sé, como que a mí eso si me da mucho susto. (Relato Berenice, como se citó en Vallejo, 2015)

La reconfiguración de la corporalidad de los jóvenes excombatientes cuando permanecen en los programas de atención esta mediada por el reconocimiento que los jóvenes hacen respecto a las decisiones que han tomado a lo largo de su vida. Un reconocimiento de sus historias, de los cambios en su imagen corporal, de los tránsitos, de las relaciones establecidas y de las experiencias vividas. Es un reconocimiento que se construye a partir de encuentros conversacionales que contribuyen no solo a entender la vida, sino a proyectar la misma. De ahí la importancia de aquel que escucha, acoge, orienta, interviene y acompaña puesto que no se trata de reparar un pasado, de describirlo, registrarlo para otros, sino de construir relacionamente condiciones para comprenderlo, para comprender-se, para comprender-nos y con base en ello construir posibilidades que favorezcan la continuidad de la vida, una vida visible no por lo extraordinario de sus actos sino por la posibilidad de continuar exhibiéndose públicamente sin miedo al silencio.

Para continuar la conversación

El problema no es meramente cómo incluir a más personas dentro de las normas ya existentes, sino considerar como las normas ya existentes asignan un reconocimiento de manera diferencial. (Butler, 2009)

Hablar del cuerpo a la corporalidad invita a reconocer la vida de los jóvenes excombatientes más allá de la utilidad que estos representan en los contextos de origen (rurales), en los contextos de guerra y en los contextos institucionales-urbanos. Es un reconocimiento a la vida, a sus posibilidades y vulneraciones de acuerdo a las condiciones sociales, económicas, políticas, culturales y éticas de los contextos relacionales por los que transitan sus cuerpos.

Del cuerpo a la corporalidad es un tránsito que se construye en el reconocimiento de las experiencias que dan sentido a la vida, que han orientado la toma de decisiones y que han incentivado la búsqueda de la garantía por la sobrevivencia no solo física, sino especialmente social. Por ello son experiencias dignas de ser contadas y visibilizadas en tanto favorecen la construcción de relaciones que contribuyeron a sacar del anonimato sus cuerpos y a develar las posibilidades, aprendizajes y capacidades de los mismos. Es un reconocimiento de las vidas que importan, de las vidas que merecen ser vividas, de las vidas que pueden coexistir sin dejar de ser.

Del cuerpo a la corporalidad es un proceso de construcción de múltiples corporalidades, de múltiples relaciones con el 'propio' cuerpo y con el cuerpo de otros. Es una corporalidad que se construye en el reconocimiento a las habilidades, aprendizajes y competencias que han desarrollado sus cuerpos en la lógica de la productividad; aquella necesaria para salvaguardar la sobrevivencia específicamente en sus contextos de origen, es un reconocimiento a las particulares formas de vida en el campo, a la capacidad de servicio y de trabajo. Es un reconocimiento de la experiencia del cuerpo guerrero; del valor atribuido al cuerpo armado, colectivo; un cuerpo no necesariamente asociado a la destrucción, el déficit o la muerte; es un reconocimiento de lo colectivo y lo armado como trampolín de sus luchas, búsquedas, triunfos, aprendizajes y visibilización social. Es un reconocimiento como civiles que pueden contar a otros sus historias y construir al mismo tiempo historias alternativas sobre sus experiencias de vida, historias posibles, más allá de la centrada en su participación en la vida armada. Es reconocimiento de una vida que importa, más allá de la connotación de ser excombatiente. Vidas que importan porque son las historias y experiencias de niños, niñas, jóvenes, mujeres, hombres, campesinos, hijos, hermanos; vidas que merecen ser reconocidas por otros.

Por otra parte, los procesos de atención sociofamiliar para jóvenes excombatientes son una posibilidad para la construcción de nuevas corporalidades a partir del fortalecimiento de redes relacionales que favorezcan los procesos de reconocimiento e inclusión social de esta población. Sin embargo, las redes relacionales establecidas pueden orientarse a:

1. Comprender quiénes son los jóvenes excombatientes. Esta comprensión es posible a través del acercamiento, el contacto y el diálogo. Leer, estudiar y conocer el tema desde lo que se ha escrito sobre los jóvenes excombatientes o incluso desde lo que afirman los

medios de comunicación no es suficiente. Es necesario involucrarse en su vida, reconocer que sus vidas no están circunscritas ni determinadas a su experiencia en un grupo armado.

2. Las relaciones que se establecen con los jóvenes deben superar el énfasis en las faltas o conductas inadecuadas que al parecer desdibujan o van en contravía con el *deber ser* de un joven civil; por ello intentan integrarse o adaptarse a una vida que al parecer ofrece mejores condiciones. Cuando hablo de faltas no quiero asociarlas solo a los castigos sino a que, en aras de proteger y evitar nuevos sufrimientos a los jóvenes, las relaciones se construyan más desde las demandas y las posibilidades que por medio de los comportamientos ‘inadecuados’ de estos.

3. Es necesario repensar los mecanismos de control y vigilancia de los cuerpos de los jóvenes a través, por ejemplo, del registro constante de cada una de sus acciones, del tipo de lenguaje que utilizamos (en ciertas ocasiones) los equipos psicosociales para referirnos a ellos y de los reportes que escribimos sobre sus vidas. Estos mecanismos incrementan la desconfianza, minan la autonomía y establecen una relación de dominación que dificulta su crecimiento y participación no solo como civiles sino como ciudadanos.

4. Preguntas esenciales para los programas de reintegración son: el para qué y qué se quiere construir con los jóvenes, no de los jóvenes o por los jóvenes excombatientes. Esto va más allá de hacer sus cuerpos dóciles, disciplinados, organizados, obedientes, con condiciones para trabajar y garantizar la sobrevivencia física o económica bajo el interés de que sus vidas sean productivas y superen la vulnerabilidad a la que se encuentran permanentemente expuestos.

Por tanto, el interés tendrá que estar centrado en la posibilidad de construir nuevas y diversas condiciones para continuar resistiendo con otras armas como los argumentos y la palabra. Otras formas que contribuyan a superar las historias dominantes y favorecer la construcción de historias alternativas que continúen aportando a la construcción de su corporalidad.

Referencias bibliográficas

- Butler, J. (2009). *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Madrid, España: Paidós.
- Castro, M.C. (2002). *Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Díaz, C.J. (2010). *Emergencias de la memoria. Dos estudios sobre la infancia, la escuela y la violencia*. Bogotá, Colombia: Universitarias de Colombia.

- Gergen, K.J. (2007). Las consecuencias culturales del discurso del déficit. *Construccionismo social: aportes para el debate y la práctica*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.
- Human Right Watch. (2003). "Aprenderás a no llorar". *Niños combatientes en Colombia*. Bogotá, Colombia: Gente Nueva.
- ICBF. (2005). *Lineamientos técnico-administrativos atención en medio socio-familiar. Modalidad hogar tutor*. Bogotá, Colombia: ICBF.
- Joseph, I. (1999). *Retomar la ciudad. El espacio público como lugar de la acción*. Medellín, Colombia: Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.
- Larrosa, J. (2006). *Una invitación a la escritura*. Recuperado de <http://cyp2-2012.blogspot.com/2012/08/una-invitation-la-escritura-j-larrosa.html>.
- Pedraza, Z. (2004). Intervenciones estéticas del yo sobre estético-política subjetividad y corporalidad. En M.C. Laverde et al. *Debate sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas* (pp. 61-72). Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Salazar, C. (2012). *Transformaciones del habitus guerrero* (tesis de pregrado). Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.
- Vallejo, S.Y. (2015). *Del cuerpo a la corporalidad: una construcción relacional con jóvenes excombatientes del conflicto armado en Colombia* (tesis de posgrado). Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.